

CUADERNOS DE HISTORIA 39

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS

UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 2013: 113 - 146



BERNARDO O'HIGGINS ENTRE IZQUIERDA Y DERECHA. SU FIGURA Y LEGADO EN CHILE: 1970-2008

*Cristián Guerrero Lira**
*Ulises Cárcamo Sirguiado***

RESUMEN: En este estudio se analizan las valoraciones que sobre la figura y legado de Bernardo O'Higgins han tenido distintos sectores políticos chilenos, centrandó el análisis en el período 1970-2008 y en las características que se atribuyen al personaje en su función de héroe, libertador y Padre de la Patria.

PALABRAS CLAVE: Bernardo O'Higgins, valoración figuras históricas, nacionalismo, libertador, Padre de la Patria.

BERNARDO O'HIGGINS BETWEEN LEFT-WING AND RIGHT-WING. HIS FIGURE AND LEGACY IN CHILE: 1970-2008

ABSTRACT: *This article analyzes the interpretations of the person and legacy of Bernardo O'Higgins advanced by various political sectors. It focuses on the period 1970-2008, and evaluates the characteristics attributed to O'Higgins in his role as hero, liberator and founding father of the republic.*

KEY WORDS: *Bernardo O'Higgins, historical figures review, nationalism, liberator, founding father.*

Recibido: diciembre 2012

Aceptado: septiembre 2013

* Doctor en Historia. Universidad de Chile; Universidad Bernardo O'Higgins. Correo electrónico: cguerrrolira@gmail.com

** Magíster en Historia. Universidad de Chile. Correo electrónico: ucarcamo@gmail.com

Introducción

Para crear y reforzar su identidad, las naciones asignan a los personajes de su historia que han realizado acciones trascendentes ciertos calificativos que los distinguen en grado sumo y, al mismo tiempo, traspasan a las conductas que los hicieron acreedores a ese estatus el carácter de elementos definitorios de la misma identidad que se busca afirmar. Así, se habla de *Padres Fundadores*, *Héroes*, *Libertadores* y *Próceres*, a los que se venera y respeta por su dignidad y virtudes.

En este proceso existe un alto grado de voluntariedad ideológica pues es el Estado quien adopta la decisión de incluir en alguna de esas categorías a un personaje específico, mismo que simultáneamente es transformado en un ícono paradigmático de las virtudes que se estima conveniente enfatizar como elementos identitarios nacionales, aunque también suele ocurrir que la sociedad, o grupos específicos de ella, incorporen a otros sin que medie una ratificación institucional.

Como fuere, en su conjunto e idealmente, estos verdaderos íconos de la historia, pues erróneamente no se considera su dimensión humana al ser transfigurados, deben concitar un alto nivel de adhesión, especialmente aquellos que son incluidos en los grados más altos. De lo contrario, en tanto imágenes forjadas y poseedoras de características esenciales definidas, no cumplirían la función que se les transfiere, misma que no concierne a los personajes en sí pues es una creación posterior. También, y por motivos de índole muy diversa, eventualmente puede surgir una crítica a la imagen construida, la que conviene diferenciar del personaje, quien poco o nada tiene que ver con lo que se dice acerca de él tras su muerte.

Siendo estas imágenes paradigmáticas un elemento al que social y culturalmente se recurre en las etapas críticas de una sociedad, nos proponemos revisar la función atribuida a la imagen histórica y culturalmente aceptada de Bernardo O'Higgins en el período comprendido entre 1970 y 2008, años en que el país transitó por grandes convulsiones y profundas transformaciones, centrándonos en los grandes grupos políticos.

Héroe, Libertador y Padre de la Patria

Los términos utilizados corrientemente para referirse a Bernardo O'Higgins son *Héroe*, *Libertador* y *Padre de la Patria*. El primero es el menos excluyente de todos; en la historia del país existen varios personajes a los que se ha atribuido la misma categoría y, con el paso del tiempo, ese conjunto se ha incrementado.

No se trata entonces de un panteón estático, sino que de uno dinámico, en el que la progresión deja en evidencia la necesidad siempre presente de entronizar “ídolos” que sean glorificados por medio de actos identitarios.

El asignar la condición heroica es distinguir, destacar, y aunque existan algunos héroes que han alcanzado un reconocimiento oficial, esto no es una cuestión exclusiva de los Estados, pues siempre han existido aquellos a los que se ha denominado *héroes anónimos*, y también los *héroes populares*. Tampoco es imprescindible que hayan pertenecido a la milicia, aunque en ella sea más fácil encontrar la mayor cantidad de *héroes reconocidos*, pues la guerra genera una mayor cantidad de situaciones propicias para el desarrollo, consciente o inconsciente, de acciones de ese tipo.

El personaje histórico considerado héroe alcanza esa condición debido a la valoración que se hace de sus acciones como excepcionales, y no por su vida cotidiana y normal. Al considerársele tal, se le transforma en modelo digno de imitación y su accionar es interpretado como expresión de un grupo de características y virtudes que en la mayoría de los casos se proyectan, cultural y socialmente, como parte de la idiosincrasia nacional. El valor, el arrojo, la astucia y el cumplimiento del deber, entre otras, pasan a ser virtudes que por medio del ejemplo del héroe se espera que los integrantes de una nación posean y que, en un momento dado, sean capaces de desarrollar actuando, en consecuencia, del mismo modo o en forma similar.

En el ámbito estrictamente militar no se requiere de una victoria sobre el enemigo para alcanzar la categoría en cuestión. Siendo lo singular y extraordinario lo que se busca resaltar y reconocer, ella no adquiere el rango de requisito ineludible, como tampoco la “muerte gloriosa” en el campo de batalla. En ese sentido, la derrota también es campo propicio para ese tipo de acciones, siempre y cuando no exista la rendición, la que hasta cierto punto equivale a la traición. Todo depende de cómo se produzca ese fracaso. Buen ejemplo de ello son los casos de Arturo Prat y de los combatientes de La Concepción en 1879 y 1882, respectivamente.

Para perpetuar la memoria del héroe, y también el recuerdo de sus acciones, se levantan monumentos que los transeúntes ven en sus ajeteos. En este sentido, la estatua es un hito referencial, físico y valórico. Lo primero, porque siempre está; lo segundo, porque rememora. Un ejemplo del sentido profundo de estos símbolos físicos lo encontramos en las palabras del presidente José Manuel Balmaceda al inaugurar el monumento a Bernardo O'Higgins en Chillán, en 1888: “Como los navegantes que levantan en las puntas salientes de las costas faros que alumbran y marcan la ruta a los viajeros del océano, los pueblos construyen también, allí donde se agrupan multitudes o en donde desfilan las

generaciones, columnas de granito que señalan a los Estados el rumbo del honor y de la gloria nacional”¹.

Puede ocurrir que el héroe sea transformado en objeto de una admiración que fácilmente puede ser sustituida por una devoción exagerada, limítrofe con el paroxismo; el sujeto es idealizado y empieza a ser objeto de una especie de “culto ciudadano”. Ello acontece especialmente cuando el personaje destacado ha adherido a una ideología determinada, la misma de sus admiradores, o si en vida estuvo en conflicto con otro héroe, tan o más destacado que él. En el último caso se les compara y se les hace competir, sin reconocerse nada especial o significativo al otro, al que incluso se denosta como si solo existiese el de propia predilección, al que obviamente se enaltece.

Todo esto relega al olvido una situación esencial: el héroe fue un ser humano y, como tal, estuvo expuesto a las pasiones, a los odios; tuvo virtudes y méritos, pero también pecados y deméritos. Como cualquier persona, los héroes también se enamoraban, sufrían, odiaban y cometían errores pues no eran perfectos, y el que sean elevados a los altares cívicos o militares no cambiará eso, aunque la imagen que se haya creado sobre ellos así lo indique.

El culto que se forja en torno a un héroe no se basa en su muerte, sino que más bien en la nobleza que se reconoce en su proceder; esto es lo que lo hace ser digno de emulación. Además, en tanto se le considere un padre de la patria, se convierte en una referencia obligada al observar las acciones transformadoras del Estado. Su imagen idealizada, aquella que solamente considera su conducta extraordinaria, y que en muchos casos llega a plantear la existencia de una suerte de predestinación, no admite crítica. El bronce brillante que lo representa cubre y oculta al hombre, al “hombre héroe”, el que a fuerza de elogios es presentado como algo lejano, pulcro, impoluto y admirable, pero también inalcanzable y extraño, dándose vida a un “héroe imagen” que en definitiva no es útil a la sociedad porque es perfecto.

Esta veneración también puede generar la aparición de una narrativa épica que inscrita en la tenue frontera entre la historia y la imaginación, transforma al pasado en algo ideal². Esto fue lo ocurrido con Bernardo O’Higgins y con

¹ Rafael Sagredo y Eduardo Devés, *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*. Colección Fuentes para la Historia de la República, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dibam, Santiago, 1992, tomo III, p. 167.

² Un interesante análisis de la construcción del relato épico del combate de la Concepción (1882) puede verse en Sergio Rosales Guerrero, *El Recurso de la Épica: Realidad y Discurso en el Combate de Concepción (9 y 10 de Julio de 1882)*, tesis para optar al grado de Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico, Academia de Guerra, Ejército de Chile, Santiago,

varios otros personajes de la historia nacional, antigua o más reciente. Cada uno tiene seguidores, pero a diferencia de los santos en el ámbito religioso, algunos también tienen detractores. En este orden es muy conocida la rivalidad entre O'Higgins y José Miguel Carrera, ya pretérita, pero también actual y fuerte gracias a un discurso permanentemente reiterativo.

Como "Padre de la Patria" se alcanza una distinción mayor. Se es "padre", es decir, el ser que da vida, educa, protege y cobija. La patria, por su parte, es entendida como comunidad que comparte tradiciones, vínculos e intereses, es decir, como nación. Entonces, al decir "Padre de la Patria" se evoca el acto respetable y venerable de fundar un país, pues la patria existe gracias al padre fundador. Concordantemente, la Real Academia Española de la Lengua define este concepto como un título de honor que se concede a alguien por los especiales servicios prestados al pueblo, es decir, actos significativos en grado sumo.

En estos procesos, la historiografía decimonónica chilena, partícipe de la definición de la identidad nacional tras la independencia, inició la consagración de sus principales actores. De ello resultó, por un lado, que solamente en uno de los bandos que habían disputado el poder unos años antes sea posible encontrar el relato de acciones heroicas y, por otro, que aquellos historiadores generaran una visión de la revolución independentista casi uniforme, por medio de la cual se entregaba a una sociedad –casi analfabeta y que durante tres siglos había manifestado sentimientos de respeto y veneración hacia la figura de un rey cuyo poder era divino–, un mensaje justificativo del cambio político en el que empleándose la imagen del Padre de la Patria se facilitaba la aceptación generalizada de "lo nuevo". Antes de consagrarse esta figura, no existía patria, solamente se había sido colonia.

Lo anterior fue un proceso lento, casi de convencimiento paciente, hasta lograrse la aceptación general. Dicho empeño se vinculaba con el necesario compromiso que debía existir entre "pueblo" y "patria" para la defensa de ésta última en los momentos en que su seguridad se viese amenazada.

Vale la pena recordar que O'Higgins recibió el título de Libertador de Chile con anterioridad a ser considerado Padre de la Patria, por haber protagonizado acciones de arrojo y valor en las campañas de la Independencia, y también por emprender un diseño de institucionalidad que permitió organizar el país entre 1817 y 1823.

2011, y del mismo autor, "El Legado de la Concepción: La Imagen Heroica y la Celebración de la Vida", *Memorial del Ejército de Chile*, Nº 485, Santiago, diciembre de 2010, pp. 166-180.

La referencia más antigua que hemos encontrado sobre O'Higgins como Padre de la Patria data de enero de 1869, y forma parte del discurso que en la recepción de sus restos mortales en Valparaíso pronunció Mariano Casanova, en ese entonces Vicario Foráneo de esa ciudad, quien, apuntando al hombre, a su obra real y sus acciones, dijo:

No pretendo yo declararlo inmaculado... fue hombre; pero su gloria cívica es tanta, que ella basta para olvidar los defectos de la humana miseria [...].

¡Padre de la patria, inspirad a todos vuestros conciudadanos el verdadero amor a las leyes e instituciones de la nación cuya libertad asegurasteis para siempre!

¡Valiente vencedor en Chacabuco, Leonidas chileno en las Termópilas de Rancagua, decidnos hasta dónde puede llegar el esfuerzo humano cuando se inspira en sentimientos elevados y en móviles generosos.

Magistrado ilustre, decorado con las insignias de la gloria humana y dando desde estas playas vuestra última mirada a Chile al marcharte al destierro; proscrito en tierra extraña, sed siempre una lección severa a los que mandan y un ejemplo sublime a los que obedecen! ¡Enseñad a todos que se ha de estar siempre pronto a abandonar las más halagüeñas perspectivas, si así lo requiere la gloria, el bienestar de la patria!³.

En la condición que se le atribuía, el recuerdo de O'Higgins debía inspirar y ser un ejemplo para el pueblo y los gobernantes. Diez años después de la repatriación de sus restos, al estallar la Guerra del Pacífico, fue precisamente eso. El 24 de mayo de 1879, una vez conocida en Santiago la noticia del combate naval de Iquique, se realizó un *meeting* a los pies del monumento al Libertador y en ese lugar, que evidentemente no fue elegido al azar, Benjamín Vicuña Mackenna⁴ llamó a los chilenos a participar activamente en el esfuerzo bélico y dijo:

esos mudos emblemas de nuestras viejas glorias que embellecen y coronan esta ancha avenida triunfal –O'Higgins, Carrera, San Martín– dejarán su helada y silenciosa vestidura, y alzando su voz y su brazo de bronce de fondo de los

³ Benjamín Vicuña Mackenna, *La Corona del Héroe. Recopilación de Datos y Documentos para Perpetuar la Memoria del General don Bernardo O'Higgins Mandada Publicar por el ex Ministro de la guerra don Francisco Echaurren*, Imprenta Nacional, Santiago, 1872, p. 67.

⁴ Una muestra de cómo la historiografía es permeable a los sentimientos de las corrientes de opinión imperantes es el hecho de que en 1860 Vicuña publicó *El Ostracismo del General Don Bernardo O'Higgins, Escrito Sobre Documentos Inéditos y Noticias Auténticas*, Imprenta y Librería del Mercurio de Santos Tornero, Santiago, 1860, 574 pp., y en 1882, es decir, durante la Guerra del Pacífico, dio a la luz su libro *Vida del Capitán General de Chile don Bernardo O'Higgins, Brigadier de la República Argentina y Gran Mariscal del Perú*, Rafael Jover, Editor, Santiago, 1882. 982+XV pp.

mármoles y los siglos, bendecirán a la América, puestos de rodillas, declarando a las edades que sus nietos de Chile fueron dignos de sus abuelos⁵.

Pero no solamente se esperaba que el recuerdo de O'Higgins inspirara actuaciones bélicas, sino que también políticas. En 1890, el presidente José Manuel Balmaceda tuvo que ver cómo en una reunión con sus opositores, se le recordó la abdicación de 1823, al ser interrumpido por Francisco Puelma:

Recuerde S.E. que en circunstancias solemnes y análogas a la presente, el ilustre hombre de Estado y guerrero de la independencia, el Supremo Director, don Bernardo O'Higgins, viendo que él como jefe de la nación era un obstáculo para el país y para la buena marcha de la administración pública, ante una respetable reunión tuvo la noble y patriótica resolución de deponer el mando supremo con que había sido investido. Este acto ha sido ensalzado por la historia con los elogios que merece⁶.

Balmaceda, a juzgar por el discurso que en septiembre de 1888 pronunció en Chillán con ocasión de un banquete realizado en celebración del centésimo décimo aniversario del natalicio del prócer, tenía un alto concepto de él y de su obra. En aquella ocasión usó expresiones tales como “guerrero ilustre que rasgó las vestiduras de la antigua servidumbre para constituir la república, hacer el bien y derramar la libertad”; “luchador glorioso”; “astro de magnitud soberbia” que brilló “soberanamente con los resplandores del patriotismo y fue a confundirse en los arcanos del tiempo y de la historia”.

Si bien lo consideraba como “el más ilustre” y el “más brillante de mis predecesores en el mando supremo”, ello no implicaba una admiración ciega a la realidad histórica, pues O'Higgins había concluido su vida política “como bueno, en los brazos del pueblo, cuando, por sus propios errores, porque no

⁵ Pedro J. Muñoz Feliú, *El Veintiuno de Mayo de 1879. Compilación de Artículos, Biografías y Discursos que con tal Motivo Escribiera don Benjamín Vicuña Mackenna Tomados de la Prensa de la Época, Libros y Revistas ya Agotados*, Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1903, p. 10. Vicente Grez también dedicó una de sus obras al combate de Iquique y, en ella escribió: “La *Covadonga* era símbolo de una victoria; ¡la *Esmeralda* era algo como decir la Patria! Ese nombre recordaba nuestras primeras victorias en el mar; las inmortales victorias que la república, oscura y desconocida, había obtenido en su cuna. ¡*Esmeralda!* es decir: ¡O'Higgins, Cochrane, Blanco, Guise, Miller, Crosbie, Zenteno, Simpson, Charles O'Brien y todos aquellos reclutas heroicos a quienes el lord-almirante igualó con los primeros marinos del mundo!”. Vicente Grez, *El Combate Homérico*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires - Santiago, 1968, pp. 29-30. Se publicó originalmente en 1880. Agradecemos este dato a Patricio Ibarra Cifuentes.

⁶ Rafael Sagredo y Eduardo Devés, *Discursos de José Manuel Balmaceda*, tomo III, p. 218.

hay hombres exentos de error, y los errores de sus adversarios o de su tiempo, se hizo inevitable la transmisión del poder”⁷.

Estos ejemplos son del siglo XIX, cuando el recuerdo de O’Higgins era bastante fuerte por un efecto temporal. Surge entonces el cuestionamiento de si en otras épocas más contemporáneas y de crisis política, porque guerras externas no hubo en el siglo XX, el legado del prócer jugó algún rol en la vida nacional o simplemente perdió aquella fuerza con que se le inmortalizó a partir de 1869.

La Difícil Memoria del Héroe que no Simpatiza

Bajo este título, en agosto de 2008, *El Mercurio* de Santiago publicó en su suplemento Artes y Letras un reportaje de la autoría de Macarena García. En él no se trazaba una semblanza de la figura de Bernardo O’Higgins. Tampoco se hacía un relato de su contribución a la independencia, sino que más bien se buscaba dimensionar su vida *post mortem*, su permanencia en la memoria nacional.

El reportaje se editó en medio de la polémica generada por la emisión de la serie *Grandes Chilenos de Nuestra Historia*, exhibida por Televisión Nacional de Chile. La idea general de esta emisión televisiva era presentar, en una etapa inicial, una nómina de personajes históricos que un grupo de académicos, literatos y personas ligadas al quehacer cultural consideró relevantes en la historia del país. Entre los seleccionados había algunos ampliamente conocidos, tales como el mismo O’Higgins, Pedro de Valdivia, Arturo Prat, Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Manuel Rodríguez y Luis Emilio Recabarren. Otros se caracterizaban por su escasísimo recuerdo entre la generalidad de los chilenos, como ocurría por ejemplo con Justicia Espada Acuña, José Tomás Urmeneta, Juan Gómez Millas o Jorge Millas, existiendo también un grupo bastante más contemporáneo y, por ende más conocido y cercano, en el que figuraban Salvador Allende, Sola Sierra, Víctor Jara, Clotario Blest y Carlos Prats.

El público podía optar entre ellos mediante un sistema de votación digital, seleccionándose las diez primeras mayorías. Los electos fueron Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Alberto Hurtado, Violeta Parra, Manuel Rodríguez, Salvador Allende, Víctor Jara, José Miguel Carrera, Lautaro y Arturo Prat. Sobre la vida de cada uno de ellos se presentó un programa en “horario estelar” y finalmente los televidentes elegían al *Gran Chileno de la Historia*. Los tres primeros

⁷ Rafael Sagredo y Eduardo Devés, *Discursos de José Manuel Balmaceda*, tomo III, pp. 165-166.

lugares fueron ocupados por Salvador Allende (38,80% de los votos), Arturo Prat (38,63%) y Alberto Hurtado (8,81%).

Curiosamente, y de ahí la inquietud periodística referida, O'Higgins no pasó de la primera etapa. El héroe, el Padre de la Patria, el Libertador cuya estatua se imponía en ese entonces solitaria en la Plaza Bulnes frente a La Moneda, sede del gobierno, no concitaba el favor popular.

Para muchos, esta "competencia" entre personajes históricos fue curiosa y no faltaron opiniones contrarias al programa, basadas en argumentos de mayor o menor refinamiento, expuestos con mayor o menor fuerza. Lo interesante fue que la historia revivió, y era común leer en los diarios una serie de cartas y opiniones alabando, comparando o criticando a alguno de los elegidos. Después del temporal vino la calma y las pasiones se atenuaron.

Pero, ¿qué había pasado con O'Higgins? A nuestro entender, se trataba del resultado de un agotamiento generado por identificaciones deformadas por efectos y también afectos políticos que influyeron a pesar de que en los últimos 40 años el personaje haya estado presente, siendo evocado y admirado por sectores políticos de signos muy diversos.

O'Higgins tuvo durante el gobierno de Augusto Pinochet un carácter inspirador para el sector gobernante y fue, en consecuencia, automáticamente asociado a él, generándose una distancia y rechazo de carácter indirecto y relativo, que no concordaba con lo que esos mismos sectores opositores habían expresado con anterioridad. En menor medida, esto mismo ocurrió con Diego Portales. La política más contingente influyó en la apreciación de ambos, generándose una valoración menoscabada que, por estar al mismo tiempo también marcada por un sentido práctico, no dudaba, al menos en el caso de la de O'Higgins, en recurrir a su ejemplo.

Refiriéndose al apoyo que tuvo Pinochet durante su gobierno, Simon Collier y William Sater dicen que su imagen severa

tocaba sin duda un punto sensible en la cultura chilena. En tanto castigaba a los indisciplinados y premiaba a los obedientes, ¿no era acaso el representante máximo de la autoridad del patrón de fundo? ¿Acaso no tenía algo de la astucia y del ingenio del huaso tradicional? Puede que haya sido un dictador, pero al menos era reconocible como un dictador chileno. Para él, dichas cualidades constituían una fuente de fuerza. Además, tampoco se puede negar que sus rudos llamamientos a la reconstrucción nacional y sus invocaciones a Diego Portales y Bernardo O'Higgins (quizás incluso su autoidentificación con ellos), tocaban una fibra patriótica en muchos corazones,

y en una nota al pie agregan: “Un culto oficial menor a la persona de Diego Portales se vio en los primeros años del régimen. Éste desapareció a finales de la década de 1970, probablemente por el énfasis renovado que le dio a O’Higgins la celebración de su bicentenario”⁸.

Viene al caso recordar aquí que en la revista *Apsi*, correspondiente a la semana del 10 al 16 de octubre de 1988, es decir cinco días después del plebiscito presidencial, se publicó una entrevista a Ricardo Lagos Escobar, presidente del Partido por la Democracia. El tema central eran las expectativas del país tras el referéndum, y el futuro Presidente de la República comentó:

esperemos que [el general Pinochet] para la semana próxima haya meditado lo que tiene que meditar. El pueblo ya le envió un mensaje claro y ahora espera un gesto. La Historia conoce otros gestos de la única persona que en Chile ha llevado el título de capitán general –Bernardo O’Higgins–, quien un 23 de enero de 1833 [sic, 1823] pensó que no contaba con el apoyo del pueblo y abdicó del mando. El país no puede seguir igual. Los chilenos están esperando gestos que muestren cambios.

No deja de ser curioso que en la misma publicación se haya impreso, a página completa, un retrato de O’Higgins y, al reverso de la misma, el texto de su carta de despedida fechada en Valparaíso el 17 de julio de 1823. Los comentarios sobre la intencionalidad sobran⁹.

Dos elementos contribuyeron sobremanera a la identificación entre el gobierno del general Pinochet y la figura de O’Higgins: la “Llama de la Eterna Libertad” y la celebración del bicentenario de su natalicio.

⁸ Simon Collier y William Sater, *Historia de Chile. 1808-1994*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, p. 311. Para el caso de Portales son clarificadoras las palabras de Jorge Guzmán, en su escrito “Diego Portales Palazuelos en su Epistolario”: “Estoy convencido de que Diego Portales, ciertamente el más importante de los políticos chilenos en el siglo XIX, mantuvo una actualidad histórica hasta no hace mucho, sostenido por la preferencia que mostraron por su figura política algunos destacados militares durante la dictadura [...]. Esa preferencia se extendió por cierto hasta los partidarios del régimen, y por natural reacción, también afectó a los contrarios, que reafirmamos nuestra distancia afectiva hacia el personaje. No era novedoso que su figura política sirviera como icono a la derecha chilena y concentrara las críticas adversas de la izquierda”. Jorge Guzmán, “Diego Portales Palazuelos en su Epistolario”. En Carmen Fariña (Ed.), *Epistolario Diego Portales* (Santiago, Universidad Diego Portales, 2007), tomo I, p. XLIII.

⁹ *Apsi* N° 273, 10 al 16 de octubre de 1988, pp. 19 y 23-24.

La llama de la libertad, ubicada en la Plaza Bulnes¹⁰, fue encendida por primera vez por los cuatro miembros de la Junta de Gobierno el 11 de septiembre de 1975. Este acto formó parte de las ceremonias de conmemoración del segundo aniversario del gobierno militar. En aquella ocasión, el general Pinochet, después de referirse al significado que en su pensamiento tenía el 11 de septiembre de 1973, explicitó el sentido y proyección que atribuía al nuevo símbolo, al que veía como un “objetivo concreto que habla de esfuerzos, voluntad y vocación”. Esfuerzo, porque la libertad debía ser preservada, perfeccionada y mantenida viva; voluntad pues se le debía defender “de toda amenaza y salvaguardarla de todo daño”, y vocación, “para servirla, como se sirve a la patria, sin dobleces y pensando solamente en el bien común”¹¹. La vinculación entre el nuevo símbolo y los acontecimientos de septiembre de 1973 era evidente:

Quienes, hace dos años, recogimos de la ciudadanía esa llama sagrada y encendimos la gran antorcha de la libertad que hoy ilumina a nuestro pueblo, hemos sentido como imperio de nuestro deber, de nuestra vocación de soldados, la necesidad de renovar física y espiritualmente nuestro juramento de libertad para Chile.

Como entonces, recogeremos del fuego ciudadano la energía y la voluntad, para ser fieles y leales con nuestra vocación de servicio.

En nuestra decisión de ayer, tomada en la soledad de nuestras conciencias, sentíamos el espíritu ardiente del pueblo chileno.

En nuestra decisión de hoy, tomada frente a vosotros, sentimos la profunda comunión espiritual que nos une a todos los chilenos, y sinceramente os digo que sentimos orgullo de haberos interpretado fielmente, ayer y hoy,

El gobernante dijo: “[...] frente a vosotros, teniendo a nuestro querido Chile como marco, y ansiando responder dignamente al lema del prócer máximo de nuestra independencia: *Vivir con honor o morir con gloria*, invocamos una

¹⁰ Ese sector de Santiago es, simbólicamente hablando, el más destacado de la ciudad. La plaza Bulnes se sitúa en la Avenida Libertador Bernardo O'Higgins Riquelme, frente a la Moneda, la sede del poder; en sus inmediaciones se encuentran el Ministerio de Defensa, la Dirección General de Carabineros, los monumentos de Bulnes, O'Higgins y San Martín. Cruzando la avenida hacia el norte, además del palacio de gobierno, se ubican varios ministerios más, la Contraloría General de la República y, tras el palacio de la Moneda, la plaza de la Constitución, que alberga los monumentos de Eduardo Frei Montalva, Salvador Allende y Jorge Alessandri, todos presidentes del país, y un busto en honor a Diego Portales.

¹¹ *Chile Enciende la Llama de la Libertad*, Editora Nacional Gabriela Mistral, Santiago, 1975, p. 87.

vez más a la Divina Providencia para que nos guíe a encender la llama de la libertad, que iluminará por siempre los destinos de la patria”¹².

La inclusión de la expresión o’higginiana, en el contexto del discurso que comentamos, remarcaba la idea de compromiso, al igual que la invocación a la Divina Providencia, y ello no implicaba que el uno y la otra fuesen partícipes del sentido del símbolo.

Según las fotografías contenidas en la publicación anónima *Chile, 11 de septiembre de 1975*, la ceremonia consistió en que cuatro personas (un campesino, un trabajador urbano, un estudiante y una dueña de casa), encendieron sendas antorchas “con el fuego que durante tres años guardó la civilidad en su corazón”¹³, el que luego fue traspasado a las teas que portaban cuatro cadetes de las escuelas matrices de las Fuerzas Armadas y de Carabineros, quienes las entregaron a los generales Pinochet, Leigh, Mendoza y al almirante Merino, los que subieron a la estructura donde se encontraba la gran pira, cada uno por una escalinata distinta, procediendo a encenderla simultáneamente. En las mismas fotografías se visualizan las leyendas de los grandes carteles que se habían instalado en el lugar. Uno de ellos, emplazado bajo la ubicación de los miembros de la Junta de Gobierno, decía “Chile será una Gran Nación”, mientras que otro que rezaba “Vivir con Honor o Morir con Gloria”¹⁴.

Al cabo de un corto tiempo, la llama fue trasladada hasta el cerro Santa Lucía para ser finalmente reinstalada en la Plaza Bulnes el 5 de abril de 1982, es decir en la conmemoración de los 164 años de la batalla de Maipú, fecha que obviamente no fue elegida al azar¹⁵. Los restos de O’Higgins ya habían sido trasladados al mismo lugar en 1979 y al conjunto se le conoció como Altar de la Patria.

De que el símbolo guardaba directa y exclusiva relación con lo ocurrido en 1973 también da cuenta el texto explicativo que acompañó al sello postal emitido por Correos de Chile en la ocasión, de la autoría de Hernán Felipe Errázuriz, entonces Ministro Secretario General de Gobierno, quien destacaba

¹² *Chile Enciende la Llama...*, pp. 87-88.

¹³ La alusión al Gobierno del presidente Allende es bastante clara.

¹⁴ *Chile. 11 de Septiembre de 1975*. Editora Nacional Gabriela Mistral, Santiago, 1975. En el mismo texto se encuentran fotografías de actos similares llevados a cabo en Cabrero, Coquimbo, Temuco, Copiapó, San Felipe, Ovalle, Curicó –donde incluso se organizó un desfile de carruajes tradicionales–, Talca, Cautín, Osorno, Chillán, Angol, Victoria, Punta Arenas, Ancud, Arica, Concepción, Collipulli, Valdivia, Los Ángeles.

¹⁵ Augusto Pinochet Ugarte, *Camino Recorrido. Memorias de un Soldado*, Tomo III, Santiago, 1993, pp. 85-86).

que la llama representaba la resuelta voluntad del pueblo y del Gobierno de Chile “de marchar unidos en la construcción de una nueva institucionalidad, que sea garante de la justicia y de la libertad”, lo que se manifestaba al “cumplirse un nuevo Aniversario de la gesta libertadora del 11 de Septiembre de 1973”. El sitio escogido para su emplazamiento, dice el mismo texto, también estaba cargado de simbolismo pues instalarla en las cercanías de los restos de O'Higgins ratificaba “que el gran movimiento de liberación nacional del 11 de Septiembre, encabezado por las fuerzas Armadas y de Orden, tiene un lugar preeminente en nuestra historia”¹⁶.

Como vemos, se mantenía la individualidad de cada uno de estos elementos, aunque estuviesen emplazados en un mismo sitio.

Con el paso del tiempo y los cambios políticos producidos a partir de 1988, la llama pasó a ser foco de polémicas. En agosto de 2003 un grupo de personas trató de apagarla usando extintores¹⁷. Dos meses después se cuestionó su existencia debido a los gastos que implicaba su mantención. El Ministro Secretario General de Gobierno en ejercicio, Francisco Vidal, aseveró que esos costos, cargados a su ministerio, no podían seguir siendo cancelados. Terció entonces la Ministra de Defensa, Michelle Bachelet, quien anunció que su cartera los asumiría. La futura Presidente de la República señaló que así se haría pues O'Higgins “es prácticamente el padre y fundador del Ejército, y es muy importante para las Fuerzas Armadas”¹⁸. La misma vinculación, equívoca, se aprecia en las declaraciones que al iniciarse los trabajos de remodelación del Altar de la Patria realizó la Secretaria Regional de Vivienda, Verónica Serrano, quien manifestó: “La llama, más allá de las lecturas políticas, tiene directa relación con los restos de Bernardo O'Higgins; por lo tanto, ahora que se trasladaron las exequias [sic] a la Escuela Militar, la llama tendrá que ser encendida allí”¹⁹. Estas afirmaciones denotan claramente el vínculo a que aludimos: era importante mantener la llama puesto que O'Higgins era trascendente para el Ejército y sus restos mortales debían mantenerse unidos a ese símbolo.

Sin embargo, en estricto rigor, y tal como hemos visto, la llama hacía referencia al significado que para un sector político concreto tenía lo ocurrido en septiembre de 1973, y no guardaba relación con la figura o legado del prócer.

¹⁶ www.chilecollector.cl

¹⁷ *El Mercurio* de Santiago, 19 de agosto de 2003 (www.emol.com).

¹⁸ *El Mercurio* de Santiago, 8 de octubre de 2003 (www.emol.com). El día anterior, el entonces Alcalde de Providencia, Cristián Labbé, también había ofrecido sufragar los gastos en cuestión. *El Mercurio* de Santiago, 7 de octubre de 2003 (www.emol.com).

¹⁹ *La Nación*, 18 de octubre de 2004 (www.rie.cl/lanacioncl/?a=25742).

Tanto así que por el otro lado, políticamente hablando, en una columna de opinión de Hermógenes Pérez de Arce –más acertada en cuanto al significado del emblema–, se afirmaba: “El gobierno dejará extinguirse la “Llama de la Libertad” del Altar de la Patria inaugurado por el gobierno militar en 1975, frente a La Moneda. Se aducen razones presupuestarias: no hay dinero para pagar el gas que permite mantenerla encendida. [...] La llama simboliza y conmemora nuestra liberación de un régimen totalitario”²⁰, alusión esta última al gobierno de Salvador Allende.

Finalmente, en 2004, y tras una polémica en la que incluso se llegó a proponer el traslado del monumento ecuestre de O’Higgins a otro sector de Santiago, se inició la remodelación del lugar. La llama fue apagada; los restos de O’Higgins exhumados y trasladados a la Escuela Militar donde permanecieron mientras se ejecutaban las obras²¹. El general Juan Emilio Cheyre, Comandante en Jefe del Ejército, expresó que la nueva obra arquitectónica rescataba, redistribuía y redimensionaba “todo aquello que nos une y nada de lo que nos pueda dividir”, y el Ministro de Defensa, Jaime Ravinet, recalcó que en ella se honraría al “gran libertador que fue el que inició la construcción de Chile”²². Sin duda, las palabras de ambos reflejaban el término de la vinculación a que venimos aludiendo, al menos en el paisaje público urbano. Se rescataba, se redistribuía y se redimensionaba pues solo permanecerían en el lugar el monumento y la sepultura. El “Altar de la Patria” pasaría a denominarse “Plaza de la Ciudadanía”.

Así, se daba un nuevo sentido al lugar, aunque la idea de un sitio “sagrado” de la patria se ha mantenido, puesto que junto a O’Higgins, allí se ha dado sepultura a dos soldados desconocidos. A uno se le denominó *Soldado de la Patria* y al segundo, *Soldado de la Guerra del Pacífico*. El primero corresponde a un militar de identidad desconocida cuyos restos fueron trasladados desde Tacna en la década de 1960, y que fue inhumado originalmente en el Mausoleo de Jefes y Oficiales del Ejército ubicado en el Cementerio General. El segundo es el soldado cuyos restos fueron encontrados en la cuesta de Zigzag, en las cercanías de Lima, los que fueron trasladados y sepultados en 2007²³. Tres años después, se trasladó el monumento ecuestre del general José Miguel Carrera, el que ocupó el costado derecho de la plaza.

²⁰ *El Mercurio* de Santiago, 8 de octubre de 2003 (www.emol.com).

²¹ En el Museo de la Escuela Militar se encuentra el fétetro que conservó los restos de O’Higgins.

²² *El Mercurio* de Santiago, 19 de octubre de 2004 (www.emol.com).

²³ Agradecemos estos datos al teniente coronel (r) Pedro Hormazábal, del Departamento de Historia Militar del Estado Mayor General del Ejército.

La idea de levantar un “Altar de la Patria” ya había sido institucionalmente expresada en octubre de 1972, al promulgar el presidente Allende la ley N° 17.783. En ella se disponía la ejecución de un plan destinado a “divulgar la vida, obra y méritos cívicos, militares, científicos, literarios y sociales de los próceres y hombres ilustres de nuestra nacionalidad”, adoptándose “todas las medidas para que, en lugar digno y céntrico de la capital, se erija un gran monumento conmemorativo de las glorias de la patria, en el que se sepultarán los restos de los héroes y próceres nacionales que participaron en la gesta de la independencia de Chile”²⁴. Hasta dónde es de nuestro conocimiento, esto no se concretó, y especulamos que se haya debido a la crisis política de 1972-1973. La idea solo se retomó parcialmente en 1975, como veremos más adelante.

El segundo elemento que potenció esa identificación fue la conmemoración del bicentenario del nacimiento de O'Higgins en 1978-1979²⁵. En esto se concatenan una serie de hechos anteriores, siendo evidentes en ellos, y también en los anteriores, el activo rol desempeñado por las instituciones estatales en la fijación de la imagen valórica del Libertador, pues las celebraciones en torno a las fechas clave de su vida no eran algo nuevo: en agosto de 1910 se autorizó la erección de sendos monumentos en Chillán y Rancagua²⁶; en 1942, conmemorándose el centenario de su fallecimiento, se declaró feriado escolar el día 24 de octubre y, en el mismo cuerpo legal se autorizó la publicación del Archivo O'Higgins, la realización de un concurso literario y la emisión de sellos postales alusivos²⁷; en 1957 se decretó feriado legal en el departamento

²⁴ Edición digital. Biblioteca del Congreso Nacional. www.leychile.cl/N?i=29276&f=1985-08-09&p=. En el mismo texto se autorizaba la erección de un monumento a la raza araucana y a Carlos Condell. El plan en cuestión sería elaborado por una comisión integrada por miembros de las Fuerzas Armadas y de la Universidad de Chile, agregándose otras instituciones tales como la Academia Chilena de la Historia, Sociedad Chilena de Historia y Geografía y el Instituto O'Higiniano.

²⁵ Aquel año fue difícil debido a las tensiones bélicas con Argentina por el problema del canal Beagle y, también, por la suspicacia de algún revanchismo peruano al cumplirse en centenario del estallido de la Guerra del Pacífico un año después. El Comité Permanente del Episcopado nacional redactó una declaración en la que recordaba la proyección americana de O'Higgins y hacía un llamado a “trabajar por la paz y la fraternidad de nuestros pueblos”, labor que consideraba “uno de los mejores homenajes que podemos rendir a la memoria del Libertador Bernardo O'Higgins”. *En el Bicentenario del Natalicio del Libertador Bernardo O'Higgins*. Ref. Cech: 498/78. [www. Iglesia.cl](http://www.Iglesia.cl)

²⁶ Ley N° 2336 de 3 de agosto de 1910. Edición digital. Biblioteca del Congreso Nacional. www.leychile.cl/N?i=23260&f=1910-08-03&p= y www.leychile.cl/N?i=23261&f=1910-08-03&p=

²⁷ Ley N° 7376. Edición digital. Biblioteca del Congreso Nacional. www.leychile.cl/N?i=25513&f=1942-11-20&p=

de Chillán el día 20 de agosto²⁸. A estas conmemoraciones y actos se sumaban los aniversarios de las batallas y combates de la guerra de independencia.

La primera referencia a la conmemoración del bicentenario del natalicio data de 1974. Mediante el Decreto Supremo N° 1.167, del 17 de diciembre, se dispuso la creación de una comisión especial que estudiaría las bases para establecer el mausoleo que contendría los restos mortales de O'Higgins. Al respecto, debemos señalar dos cuestiones. La primera es que se trataba de un decreto del Ministerio de Obras Públicas y no de un Decreto-Ley de la Junta Militar, y en él se encuentran evidencias del interés personal puesto por el general Pinochet en el asunto: "Es deseo del Jefe del Estado el solucionar en forma definitiva la construcción de un mausoleo o monumento que contenga los restos mortales del general don Bernardo O'Higgins Riquelme y que sea adecuadamente representativo para albergarlos con el decoro y la dignidad que la Nación debe al máximo prócer de la patria". Lo segundo es que ya no se procuraba la creación física de un panteón de héroes. Solo O'Higgins ocuparía el lugar.

La antedicha comisión debía definir los aspectos básicos de la construcción en cuestión, debiéndose dar cabida en la etapa de diseño a los arquitectos y artistas a través de un concurso público que sería fallado por la Junta de Gobierno en octubre de 1975, pues "las obras definitivas deberán quedar totalmente terminadas a más tardar el 20 de agosto de 1976 [sic, 1978], fecha en que se cumple el 2° centenario del natalicio del prócer y en la cual se procederá a la inauguración de la obra"²⁹.

En 1975, mismo año en que se encendió por primera vez la Llama de la Libertad, por medio del Decreto ley N° 1.146, del 2 de octubre, se reconoció a O'Higgins la calidad de Libertador, debido a "la permanente deuda de gratitud del pueblo de Chile" para con él y a la "existencia ejemplar" del homenajeado, quien "puso su vida, hacienda y honra al servicio de la patria, aportando además el esfuerzo nacional a la gran causa de la emancipación y unidad americanas". Por ello, cualquier mención que se efectuara, "sea de palabra, por escrito o por

²⁸ Ley 12502. Edición digital. Biblioteca del Congreso Nacional. www.Leychile.cl/N?i=27141&f=1957-08-17&p=

²⁹ La comisión estaría integrada por el Subsecretario de Obras Públicas, el Director de Arquitectura y representantes del Consejo de Monumentos Nacionales, de las Fuerzas Armadas, del Instituto O'Higiniano, del Instituto de Conmemoración Histórica, del Colegio de Arquitectos, del Voto Nacional de O'Higgins y del Departamento de Historia de la Universidad de Chile. Edición digital. Biblioteca del Congreso Nacional. www.Leychile.cl/N?i=215654&f=1974-12-17&p=

cualquier medio de comunicación social, o en monumentos, placas recordatorias y, en general, en cualquier clase de manifestaciones artísticas, castrenses o culturales alusivas”, debía anteponer al nombre completo o apellido “del insigne prócer la palabra Libertador”.

El mismo cuerpo legal estableció que 1978 sería el “Año del Libertador Bernardo O’Higgins”³⁰. No se trataba de una celebración anual más, sino que de una de significación mayor. Las pruebas de ello están en las actividades que se realizaron a partir de mayo de 1978: ceremonias cívico militares a lo largo de todo el país y en las representaciones diplomáticas chilenas en el exterior, incluyéndose en estas últimas el obsequio de óleos del Libertador y réplicas de su espada a los gobernantes de los países americanos; emisión de sellos postales alusivos y distribución de oleografías que recordaban hechos de su vida y obra; exposiciones, conferencias y concursos literarios y artísticos; donación de bustos en ciudades, escuelas e instituciones; eventos deportivos; condecoración con la medalla “Bicentenario del Natalicio del Libertador Bernardo O’Higgins” a los estandartes de las escuelas matrices de las Fuerzas Armadas y Carabineros y a algunas de otros países, tales como Argentina, Colombia, Ecuador, Panamá, Perú y Uruguay y, finalmente, la “solemne ceremonia cívico-militar con ocasión de la inauguración del Altar de la Patria y del traslado de los restos mortales del Libertador, que contó con la presencia de las más altas autoridades nacionales y de representativos sectores de toda la comunidad”³¹.

Los historiadores chilenos, profesionales o no, no estuvieron ajenos a esta “revitalización o’higginiana” y aparecieron, desde 1974, importantes e interesantes estudios³².

³⁰ Edición digital, Biblioteca del Congreso Nacional. www.leychile.cl/N?i=222905&f=1975-09-02&p=

³¹ Augusto Pinochet Ugarte. *Mensaje Presidencial. 11 de septiembre de 1978 - 11 de septiembre de 1979*. Impreso en los Talleres Gráficos de Gendarmería de Chile, Santiago, 1979, p. 84. A lo anterior se sumaron otras actividades encabezadas por el general Pinochet. El 2 de octubre de 1978, como ya era tradicional, se conmemoró un aniversario más de la batalla de Rancagua; el día 7 siguiente, se inauguró un monumento a O’Higgins en Chuquicamata; en febrero de 1979, en Antofagasta, el gobernante inauguró el Parque O’Higgins. Ministerio Secretaría General de Gobierno. División de Comunicación Social. *Jornadas del Presidente de la República. Visitas a las Regiones. 1978-1979*. Santiago, 1979, pp. 6-8.

³² Se destacan los trabajos de Julio Heise, “O’Higgins y la organización de la república”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 146, y *O’Higgins, forjador de una tradición democrática*, Talleres de Artesanía Gráfica R. Neuper, Santiago, 1975. También merecen mención los de Fernando Martínez Labatut, “La constitución política del año 1818”, *Revista Universidad de Chile*, N° 4, Universidad de Chile, Sede Ñuble, 1978, y dos estudios de Luis Valencia Avaria, “Algunos aspectos de la política exterior de O’Higgins”, *Atenea*, N° 437, Universidad

El 20 de agosto se inauguró el Altar de la Patria. En la publicación oficial que dio cuenta de esto, se destacó la preocupación del gobernante por el bienestar material y espiritual de los chilenos y, en este último aspecto, “especialmente en lo que se refiere a la recuperación del patrimonio histórico nacional”, calificando el traslado de los restos mortales de O’Higgins como la “ceremonia más solemne que se haya realizado en Chile en los últimos años”. En la ocasión, el general Pinochet recalcó que si gobiernos anteriores, especialmente el precedente—dice el texto—, permitieron crecer en el alma nacional, valores foráneos, “ahora es

de Concepción, 1978, y “Orígenes político-sociales de las constituciones de O’Higgins”, *Revista de Derecho Público*, N° 23, Facultad de Ciencias Jurídicas, Administrativas y Sociales, Universidad de Chile, 1978. Agreguemos el estudio de Fernando Durán V., “Ideas políticas de Bernardo O’Higgins”, *Atenea*, N° 438, Concepción, 1978; Alamiro de Ávila, *Andrés Bello y la primera biografía de O’Higgins*, Editorial Universitaria, Santiago, 1978; Sergio Fernández Larrain, *O’Higgins*, Editorial Orbe, Santiago, 1974, y Eugenio Pereira Salas, “O’Higgins en el ambiente cultural de su época”, *Atenea*, N° 437, Universidad de Concepción, 1978. Durante ese año del bicentenario, la figura de O’Higgins también sirvió para el potenciamiento de la historia regional, y así es posible encontrar estudios como los de Fernando Campos, “O’Higgins y Concepción”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 146, 1978; Guillermo Vergara Donoso, “Los avatares de O’Higgins junto al Maule”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 146, 1978); Sergio Fernández Larrain, “O’Higgins y Concepción”, *Atenea*, N° 437. Universidad de Concepción, 1978; Omar Retamal Parra, “La casa de O’Higgins en Talca”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 146, Santiago, 1978, y Guillermo Krumm Saavedra, “Actuaciones de don Bernardo O’Higgins en la Isla de la Laja”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 146, Santiago. En todos ellos se analiza y valora positivamente el rol de O’Higgins en los inicios de la vida republicana, destacándose la impronta dejada por él y sus ideas en los inicios de la vida institucional. También cabe destacar otras obras como los libros de Luis Valencia Avaria, *El Pensamiento de O’Higgins. La Pluma y Espada*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1974 y el de Adela Carrasco, *Pensamiento de O’Higgins*, Editora Nacional Gabriela Mistral, Santiago, 1974, cuyas fechas de edición refieren claramente la importancia atribuida al prócer en esos años. Los temas de carácter militar y geopolítico, en los que directa o tangencialmente se alude a O’Higgins, también fueron frecuentes en la producción historiográfica de estos años, lo que atribuimos a la revaloración de la vida militar que, dado el carácter nacionalista imperante en las esferas gubernativas, destacaba el potencial nacional. Nos referimos a trabajos como los de Alamiro de Ávila, *Cochrane y la independencia del Pacífico*, Editorial Universitaria, Santiago, 1976; Marco Aurelio Reyes Coca, “La cosmovisión de O’Higgins y la utilización del espacio chileno”, *Revista Universidad de Chile*, N° 4, Universidad de Chile, Sede Ñuble, 1978; Luis Valencia Avaria, “O’Higgins y América”, *Memorial del Ejército de Chile*, N° 399, Ejército de Chile, Estado Mayor, Santiago, 1978; Sergio López Rubio, “Visión geopolítica del Libertador O’Higgins sobre la región austral de Chile”, *Memorial del Ejército de Chile*, N° 400, 1979, no faltando, incluso, un estudio sobre el patriotismo, como el de Joaquín Matte, “O’Higgins. Ejemplo de amor a la patria” (*Memorial del Ejército de Chile*, N° 397, 1978). Mención especial merece la completa obra de Luis Valencia Avaria, *Bernardo O’Higgins. El Buen Genio de América*, Editorial Universitaria, Santiago, 1980, la que desde su aparición se ha transformado en pieza de consulta obligatoria.

obligación de poner en su verdadero sitio el cúmulo de virtudes que conforman el alma del pueblo chileno”³³. En concreto, una visión nacionalista que buscaba resaltar la figura de O'Higgins como arquetipo, pero que como veremos, no era exclusiva de un sector político determinado.

Esa idea ya había sido expresada al inaugurarse al año del bicentenario. En sus memorias, el general Pinochet relata que el 18 de agosto de 1978, refiriéndose al prócer señaló que el proceso iniciado el 11 de septiembre de 1973 implicaba “el rescate de las tradiciones nacionales y la reafirmación de nuestra lealtad hacia los hombres que engrandecieron nuestra Patria en el pasado”, agregando que al gobierno no solamente lo impulsaba en esta celebración la remembranza de las glorias del pasado, sino que también “la convicción más profunda de que sólo en la fidelidad a su tradición encuentran las naciones la fe que les permite enfrentar sus problemas con soluciones auténticas y realistas, basadas en el alma nacional, que se refleja en sus costumbres y en su idiosincrasia”³⁴.

La izquierda y O'Higgins

Pero no solamente existía esa valoración del legado de O'Higgins. En 1976, el Partido Comunista de Chile, desde el exterior, estableció un cronograma de actividades para septiembre de ese año con el fin de denunciar lo que ocurría en el ámbito político en Chile, e invocaba a la figura del prócer señalando que “fue un ardiente defensor de la soberanía nacional y de la libertad. Estaba consciente del papel que a Chile le correspondía jugar en la lucha por la Independencia de América Latina. Por ello, septiembre adquirió para los chilenos un significado patriótico e internacionalista”³⁵.

Así, O'Higgins representaba potencialmente un ícono que perfectamente podía servir para identificar la contemporaneidad política y, por lo tanto, evocar una nueva construcción de Chile.

En 1978, Ernesto Ottone Fernández publicó un escrito intitulado “El Pleno del Comité Central de las Juventudes Comunistas de Chile”, en el que sostenía que a la “demagogia fascista” le había resultado particularmente difícil hacerse

³³ Ministerio Secretaría General de Gobierno. División de Comunicación Social. *Jornadas del Presidente de la República...* p. 17.

³⁴ Augusto Pinochet Ugarte, *Camino Recorrido...*, tomo III, p 183.

³⁵ “Septiembre, Ofensiva Mundial por la Vida de los Desaparecidos”. En Partido Comunista de Chile, *Boletín del Exterior*, N° 28, marzo-abril de 1978. Sin datos editoriales, p. 74.

oír en un país que tenía sus valores enlazados con su devenir histórico, con sus mejores tradiciones culturales, patrióticas, democráticas y populares. Así,

el chovinismo y el patrioterismo barato de la Junta [de Gobierno] no solo le suena a falso a los jóvenes, porque va acompañado por el entreguismo más desenfrenado al capital imperialista, sino porque se opone a toda la tradición nacional. Nuestro Pleno ha señalado cómo se levanta acusador contra la Junta el ejemplo y el legado de O'Higgins, de los hermanos Carrera, de fray Camilo Henríquez, de Manuel Rodríguez, de Arturo Prat, de Balmaceda, de Luis Emilio Recabarren, de Aguirre Cerda, de Allende, de Monseñor Larraín, de Gabriela Mistral, de Pablo Neruda y de todos los nombres que nos hacen enorgullecernos de ser chilenos³⁶.

Como vemos, no solamente el gobierno militar encontraba inspiración nacionalista en el Libertador, e incluso se discutía en profundidad en torno a ella. El mismo Partido Comunista dirigió una misiva, en abril de 1978, a los miembros de las fuerzas armadas y de orden, señalando:

Nos dirigimos a ustedes en el año del bicentenario del natalicio del general Bernardo O'Higgins Riquelme, prócer de nuestra Independencia, fundador del Ejército y de la Marina de Guerra de Chile.

Hace 160 años, en 1818, el 12 de febrero, el general Bernardo O'Higgins firmó el Acta de la Independencia de Chile y el 5 de abril el Ejército Libertador derrotó en los campos de batalla de Maipú a las tropas coloniales españolas y selló definitivamente la Independencia de nuestra patria.

Hoy se ha abandonado el legado de O'Higgins, se ha deteriorado la independencia nacional y la capacidad defensiva del país, lo que es consecuencia de todo lo que ha hecho y deshecho la tiranía personalista de Pinochet³⁷.

De esta manera, dicho partido hacía sentir la gravedad de lo que a su juicio era la tergiversación que de la figura de O'Higgins hacía el gobierno encabezado por el general Pinochet y, por lo tanto, de manera implícita, advertía de la necesidad de rescatar el legado del prócer fundador. En la misma carta, los comunistas afirmaban estar convencidos

³⁶ Ernesto Ottone Fernández, "El Pleno del Comité Central de las Juventudes Comunistas de Chile". En Partido Comunista de Chile, *Boletín del Exterior*, N° 28, marzo-abril de 1978. Sin datos editoriales, p. 19.

³⁷ "Carta del Partido Comunista a los Oficiales, Suboficiales, Soldados, Marineros, Aviadores y Carabineros de Chile". En Partido Comunista de Chile, *Boletín del Exterior*, N° 29, mayo-junio de 1978. Sin datos editoriales, p. 100.

de que las Fuerzas Armadas —a las que no confundimos con el fascismo, ni con Pinochet— retomarán el legado de O'Higgins y, como parte integrante del pueblo, contribuirán a terminar con la tiranía fascista. Se salvará así el honor de los institutos armados, hoy mancillados por el dictador, y en conjunto todos los patriotas civiles y militares, emprenderán la grandiosa tarea de iniciar la reconstrucción democrática de nuestra patria³⁸.

En otras palabras, expresaban la convicción de que en algún momento la figura de O'Higgins empoderaría a los militares chilenos para acabar con el régimen político encabezado por Augusto Pinochet. Si se prefiere, recogiendo su legado, y en virtud de él, se rebelarían contra el gobernante.

Como se aprecia, la consideración que puede hacerse respecto del significado cultural de un personaje como O'Higgins es tremendamente versátil. Al tratarse, en definitiva, de paradigmas permanentes y de virtudes amplias y universales, carentes de signo político contingente posterior, pueden ser tomados como ejemplos por grupos de ideologías absolutamente opuestas. Por ejemplo, en los difíciles días de agosto de 1973, el presidente Salvador Allende, en una carta que dirigió al Comandante en Jefe del Ejército recién renunciado, general Carlos Prats González, agradecía la labor del uniformado tanto al mando de la institución castrense como en su desempeño en las carteras de Defensa e Interior y en la Vicepresidencia de la República, y decía:

A usted le correspondió asumir la Comandancia en Jefe del Ejército en momentos difíciles para la institución y, por lo tanto, para Chile; sucedió en el alto mando a otro soldado ejemplar, sacrificado por su riguroso respeto a la tradición constitucionalista y profesional de las Fuerzas Armadas. El nombre de ese general, don René Schneider Chereau, trascendió nuestras fronteras, como símbolo de la madurez de Chile, y reafirmó el sentido O'Higginiano impreso en el acta de nuestra independencia y que consagra el derecho soberano de nuestro pueblo para darse el Gobierno que estime conveniente³⁹.

Varias fueron las oportunidades en que durante su mandato el presidente Allende hizo públicas referencias a O'Higgins y a su significado en la historia de Chile. El 5 de noviembre de 1970, en la celebración realizada en el Estadio Nacional por su ascenso a la Presidencia de la República, expresó:

³⁸ *Ibid.*, p. 105.

³⁹ Carlos Prats González, *Memorias. Testimonio de un Soldado*, Editorial Pehuén, Santiago, 1985, pp. 490-491.

Dijo el pueblo: “Venceremos”, y vencimos. Aquí estamos hoy, compañeros, para conmemorar el comienzo de nuestro triunfo. Pero alguien más vence hoy con nosotros. Están aquí Lautaro y Caupolicán, hermanos en la distancia de Cuauhtémoc y Túpac Amaru. Hoy, aquí con nosotros, vence O’Higgins, que nos dio la independencia política celebrando el paso hacia la independencia económica. Hoy, aquí con nosotros, vence Manuel Rodríguez, víctima de los que anteponen sus egoísmos de clase al progreso de la comunidad. Hoy, aquí con nosotros, vence Balmaceda, combatiente en la tarea patriótica de recuperar nuestras riquezas del capital extranjero. Hoy, aquí con nosotros, también vence Recabarren con los trabajadores organizados tras años de sacrificio⁴⁰.

Si bien O’Higgins no fue el único personaje histórico al que se refirió, su inclusión no deja de ser significativa, pues se le reconoce como gestor de la independencia. Lo mismo se advierte en el discurso con que despidió a Fidel Castro el 4 de diciembre de 1971, cuando afirmó que las revoluciones de Chile y de Cuba eran depositarias de las mejores tradiciones libertarias “de aquellos que nos dieron perfiles de pueblo”, señalando la continuidad histórica que se podía establecer con O’Higgins, Bolívar, San Martín y Martí, quienes habían iniciado “el camino de la rebelión revolucionaria de los pueblos para hacer posible ayer la independencia política y hoy día la independencia económica”. Cuatro días después, en el acto inaugural del VI Congreso de la Central Única de Trabajadores llamó a los obreros a organizarse sin distinciones partidarias ante la movilización de la oposición: “cada partido debe quitarse su camiseta, porque hay una camiseta que nos une a todos los chilenos, camaradas, la de la revolución la de la patria humillada durante tantos años, la bandera de O’Higgins, de Recabarren, de Manuel Rodríguez”⁴¹.

En marzo de 1972, en una gira por el norte del país se refirió a O’Higgins a propósito de la remisión al Congreso Nacional de una nueva ley de filiación que establecería una única condición de hijo. En un discurso pronunciado en Chañaral (7 de marzo de 1972) utilizó, para ejemplificar, los casos de Balmaceda y de O’Higgins: “Una de las más egregias figuras de la Historia de Chile, óiganlo bien: Balmaceda, el Presidente revolucionario que quiso que el salitre fuera chileno, era hijo natural (sic). Y el Padre de la Patria: Bernardo O’Higgins,

⁴⁰ Versión digital del texto en <http://salvador-allende.cl/discursos/1970/victoria.pdf>. Es de notar que esta parte inicial del discurso no aparece en la recopilación efectuada por Joan Garcés, *La Vía Chilena al Socialismo. Discursos de Salvador Allende*, Editorial Fundamentos, Madrid, 1998, p. 9

⁴¹ Las versiones digitales de ambos discursos en www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com-content&task=view&id=1535Itemid=45 y <http://salvador-allende.cl/discursos/1971/8de diciembre1971.pdf>.

a quien la oligarquía de este país lo llamaba “huacho”, era hijo natural”, destacando luego que este último “nos dio, nada menos que los contornos de nuestra nacionalidad”⁴². Estas ideas las reiteró al día siguiente en Tocopilla, y en Antofagasta, aprovechando la celebración del Día Internacional de la Mujer, rindió un homenaje a Isabel Riquelme⁴³.

Incluso se puede sostener que para Allende, la condición de “revolucionario” pasaba, ineludiblemente, por la admiración, la emoción y el reconocimiento a los héroes de la independencia, negando aquella calidad a quienes no reconocieran su aporte:

Muchas veces, yo también pongo pasión para criticar a algunos revolucionarios que no sienten el contenido de nuestra propia historia, que no le dan los valores reales que tienen a los hombres que en esos momentos realizaron la gran batalla de nuestra independencia, que no vibran con las gestas heroicas que nacieron de la pujanza del pueblo, a través de O'Higgins, los Carrera y Manuel Rodríguez, guerrilleros del pueblo que han esculpido el perfil nacional que desde entonces tenemos.

No son revolucionarios los que no tienen el valor moral de reconocer la acción de otros que les permitieron hoy vivir en un país donde estamos conquistando el camino al socialismo.

Son pseudo revolucionarios aquellos que creen que con ellos comenzó la historia revolucionaria⁴⁴.

En agosto de 1973, al conmemorarse el 195 aniversario del natalicio de O'Higgins, Allende pronunció un discurso en recuerdo del “mejor de los chilenos”, y al finalizar sus palabras señaló:

⁴² Discurso de Salvador Allende en la Plaza de Armas de Chañaral, 7 de marzo de 1972. Versión digital en www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=277&Itemid=45

⁴³ “Quiero recordar una mujer a quien la historia no le da [el] relieve de una personalidad señera, pero a quien Chile le debe tanto, por no decir le debe todo. Deseo recordar a Isabel Riquelme, la madre de Bernardo O'Higgins, mujer castigada por el tremendo delito de haber querido tener un hijo más allá del prejuicio o del amor; me refiero a Isabel Riquelme madre de Bernardo O'Higgins, Padre de la Patria. Él, grande por su espada y sus condiciones de gobernante, fue grande como hijo, pues supo comprender a su madre que sintió todo el rigor de una sociedad injusta, que la castigó por haber amado y por haber tenido un hijo del amor”. Consejería de Difusión de la Presidencia de la República, *La Historia que Estamos Escribiendo. El Presidente Allende en Antofagasta*, Santiago, 1972, p. 106.

⁴⁴ Salvador Allende. Discurso a los estudiantes de la Universidad de Concepción, 4 de mayo de 1972. En *Salvador Allende, Discursos*, La Habana, 1975, pp. 311-336.

He querido en esta hora de Chile, traer mi palabra para decirle al pueblo, una vez más, como se funda, se hace y se forja el espíritu de una nación. Como se requiere la magnitud del coraje, del sacrificio y del desprendimiento de O'Higgins. Como los pueblos se agigantan en las horas duras y como la responsabilidad es más fuerte, cuando está de por medio el destino de aquello que nos pertenece a todos, que es Chile y su futuro. De allí que hagamos bien, cada año, en concurrir a este sitio y recordar a Bernardo O'Higgins Riquelme; que los niños aprendan a leer en la historia de su vida; que los campesinos recuerden a uno de los suyos; que los que luchan en la vida pública no olviden al visionario, al constructor, al estadista; que los revolucionarios comprendan la pasión que tuvo, y que la revolución implica entrega y sacrificio; que los soldados no olviden jamás quien hizo posible que hoy día vistan orgullosos el uniforme de la patria y recuerden al general inmortal⁴⁵.

De esta manera, ante la grave y compleja situación social y política que el país y su gobierno enfrentaban, el presidente Allende invocaba a O'Higgins como una referencia polivalente que podía coadyuvar a distensionar al país y a profundizar los cambios sociales promovidos por la Unidad Popular, apelando a las virtudes públicas, e identificando al ejército con el legado de O'Higgins

Con todo, cuando el fragor de la disputa política se exagera, especialmente al producirse situaciones de polarización como las vividas en Chile en 1972 y 1973, existe el riesgo de que también aparezcan visiones e interpretaciones que alaben o cuestionen duramente a estos personajes, pero no en virtud de su accionar pasado, sino que más bien debido a que han sido tomados como arquetipos por grupos de signo político, o social, contrario.

Ese mismo año 1973, la editorial estatal Quimantú publicó un pequeño libro titulado *Capítulos de la Historia de Chile*, el que no solo por sus interpretaciones, sino que también por su falta de rigor científico, agudizó las tensiones y motivó una polémica que se manifestó en la prensa, en el Senado y en una serie de actos de desagravio. Para mantener su anonimato, el autor (o autora) de este libro usó el pseudónimo "Ranquil"⁴⁶.

⁴⁵ El texto del discurso puede encontrarse en versión digital, bajo el rótulo de "Palabras del Presidente de la República, compañero Salvador Allende Gossens, pronunciadas en la Conmemoración del 195° Aniversario del nacimiento del General Bernardo O'Higgins R. Chillán 20 de Agosto de 1973", en http://www.socialismo-chileno.org/allende/1973/Chillan_20_agosto_1973.pdf

⁴⁶ Decimos "autor o autora", porque en la introducción del libro, redactada por Manuel Fernández Canque, se afirma que es "autor" y en la última tapa se señala que es "autora". Al parecer esto último sería más exacto. En los medios de prensa de esa época se identificó a dos personas. En la edición del periódico *Las Últimas Noticias* correspondiente al 25 de agosto de 1973 el escritor Miguel Arteche criticó la obra en cuestión y la atribuyó, aunque sin seguridad

Su interpretación del proceso de independencia se encuadra dentro del materialismo histórico, con expresiones bastante simples de esta idea. Los medios de producción, afirma Ranquil, estaban en manos de la burguesía que mantenía una intensa actividad comercial con España, Perú y, en menor grado, con Río de la Plata. Sin embargo, la centralización del poder en la Península entrababa la consecución de un desarrollo mayor de sus actividades, existiendo un gran anhelo por lograr la apertura comercial. Los intereses burgueses chocaban con los del imperio y, en consecuencia, “para lograr la libertad económica era necesario independizarse previamente de la metrópoli, es decir, dejar de ser colonia. La lucha por la independencia era inevitable. Esa fue la causa profunda y real de la guerra de independencia”. Los otros factores que siempre se han considerado (revolución de independencia de Estados Unidos, Revolución francesa, racionalismo, invasión napoleónica, etc.), solo fueron “estímulos que aceleraron un proceso en formación”⁴⁷.

La burguesía se hallaba dividida en dos alas. La izquierda, progresista, y la derecha, conservadora. El líder de la primera fue José Miguel Carrera, cuya presencia resultaba intolerable para los moderados y monarquistas que componían el Congreso de 1811, “derechistas” que no pudieron disimular su alarma ni contener su ira contra el caudillo militar pues, desde el poder, Carrera adoptaba medidas que representaban las aspiraciones del sector más revolucionario: dictó el Reglamento Constitucional de 1812 que “llevaba derechamente a la instauración de una república”⁴⁸, ordenó la publicación de la *Aurora de Chile* para difundir los principios políticos más avanzados de la época y obligó a los conventos a crear escuelas “para los hijos del pueblo”⁴⁹.

plena, a la pintora Lucy Lortsch, versión que fue avalada en el Senado de la República por el senador Humberto Aguirre Doolan en las sesiones del 1° y 8 de agosto de 1973. Esta artista aparece mencionada en el Informe Sobre la Situación de los Derechos Humanos en Chile, redactado por la Corte Interamericana en 1974, aseverándose que fue detenida e incomunicada. www.cidh.org/contryrep/chile74sp/cap.2.htm. Por otra parte, en la revista *Ercilla*, semana del 25 al 31 de julio de 1973, se atribuyó la autoría del texto a Ana Simpson, a quien se identificó como “profesora primaria de provincia”.

⁴⁷ Ranquil, *Capítulos de la Historia de Chile*, p. 43, Editora Nacional Quimantú, Santiago, 1973.

⁴⁸ Ranquil parece ignorar que las disposiciones de este texto señalaban, claramente, la existencia de una monarquía constitucional.

⁴⁹ Ranquil no menciona respecto de estos puntos algunas cuestiones que resultan vitales para lograr una visión más exacta del sentido y alcance de estas determinaciones, tales como las disposiciones del Reglamento de 1812 que aseguraban en el poder al gobierno de facto establecido tras tres golpes de Estado, la forma en que se legitimó dicho texto (suscripción pública mediante firmas por un reducido número de personas), ni su adscripción al modelo de monarquía constitucional que es sustentado en su articulado, porque de eso y no de una república se trataba,

Carrera, sostiene, fue un republicano que, contando con el apoyo del pueblo, de los patriotas avanzados⁵⁰ y del grueso del ejército, debió enfrentar no solo a las fuerzas militares realistas, sino que también a los enemigos internos, a los “curas tradicionales”, a los monarquistas y a los moderados que conformaban “el partido de los blandos, los vacilantes, los antirrepublicanos”. Dado que la guerra afectaba sus intereses económicos, estos sectores “preferían que Chile fuese colonia del imperio español y no república independiente”. Sus temores consistían en que se generaran una disminución de la mano de obra, dificultades con el Perú, principal comprador de trigo, y también desbordes de la plebe⁵¹.

O’Higgins era el hombre de ese grupo. Cautelaba los intereses de la burguesía, “era un hombre que no favorecía a los españoles”, pero que tampoco impulsaría “a la *gente de baja esfera* o a la *Plebe*, sectores representados por el equipo carrerino”⁵².

El conflicto entre ambos estalló tras la firma del tratado de Lircay. O’Higgins marchó hacia Santiago “para derrocar a la junta de avanzadas tendencias” conformada por Carrera tras el golpe de julio de 1814, el que pudo ejecutar a pesar de las persecuciones decretadas en su contra, contando con la ayuda de los campesinos que lo escondían y velaban por su seguridad.

La restauración de la monarquía impuso un paréntesis, pero en 1817 las burguesías chilena y argentina se unieron en contra de los hermanos Carrera, “caudillos del pueblo”, y O’Higgins asumió el poder como verdadero representante de los burgueses que no crearon industria y prefirieron seguir explotando las materias primas. Al cabo de tres años, sostiene Ranquil, el fracaso en todos

y tampoco los esfuerzos desplegados por ese mismo gobierno por controlar, o censurar, los textos aparecidos en el periódico en cuestión.

⁵⁰ Respecto de las críticas al gobierno de Carrera realizadas por sus contemporáneos, puede verse Cristián Guerrero Lira, *La Contrarrevolución de la Independencia en Chile*, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 2002, pp. 77-80, y también el estudio de Juan Luis Ossa Santa Cruz, “Revolución y Constitucionalismo en Chile, 1808-1814”, *Revista de Historia Iberoamericana*, volumen 5, N° 1, correspondiente a 2012, especialmente a partir de p. 124.

⁵¹ Ranquil. *Capítulos...*, p. 51.

⁵² La pretensión de que Carrera fuese un protector del bajo pueblo no parece condecirse con el texto de un oficio que el 10 de enero de 1812 dirigió al coronel de caballería de los Andes, en el que se lee: “Nunca más que hoy necesita fortalecerse la patria, y el gobierno ha de proporcionarle una fuerza respetable. Las tropas que regularmente obran más son las veteranas, así las de la capital deben aumentarse, y crearse cuerpos nuevos. Esto hace la Junta y espera de usted que es un patriota le ayude, sacando inmediatamente del regimiento que manda 25 hombres con talla de cinco pies tres pulgadas cuando menos, sanos, los más voluntarios que se pueda, solteros, y no de casta india”. *Archivo del General José Miguel Carrera*, volumen III, p. 105.

los planos era visible. Surgió el descontento. Los burgueses liberales no perdonaban a O'Higgins la muerte de los Carrera, ni el pueblo la de Manuel Rodríguez. “En síntesis, el gobierno dictatorial de Bernardo O'Higgins no había producido los resultados que esperaba la burguesía”⁵³, y debió abandonar su cargo trasladándose al Perú, donde hizo prosperar su hacienda de Montalbán “gracias a la explotación de esclavos”⁵⁴.

Con posterioridad, dice la autora, la clase dominante ha exaltado la figura de O'Higgins y tergiversándose la historia lo había transformado en un héroe pues

en su lucha por sobrevivir como clase la burguesía debía liquidar el ejemplo y hasta el recuerdo de actitudes revolucionarias, es decir, de actitudes que conducen al derrumbe de estructuras añejas, de actitudes que amenazaban en forma directa y eficaz al enemigo fundamental de la clase trabajadora: el imperialismo extranjero.

Era imperativo relegar a un segundo plano de la historia a José Miguel Carrera, auténtico revolucionario. Había que oscurecer su imagen, y para ello nada mejor que exaltar la figura de O'Higgins⁵⁵.

Los *Capítulos de la Historia de Chile* generaron polémica. Los medios ligados a la oposición al gobierno de Allende evaluaron negativamente la obra, calificándola incluso de libelo. Asimismo, varias organizaciones estimaron necesario realizar sendos actos de desagravio, tanto a O'Higgins como a Arturo Prat, quien fue absolutamente ignorado en la publicación.

⁵³ Ranquil. *Capítulos...*, p. 65.

⁵⁴ Ranquil. *Capítulos...*, p. 67.

⁵⁵ Ranquil. *Capítulos...*, p. 67. Resulta imposible no anotar dos consideraciones que surgen al revisar el libro en comento. Primero, José M. Carrera, quien es presentado como héroe revolucionario y líder popular, era miembro de una de las más conspicuas familias de la aristocracia chilena y constantemente dio pruebas de su orgullo como tal. Es más, quien conozca detalladamente sus actuaciones políticas recordará, por ejemplo, su alianza con la familia Larraín en los momentos del golpe de Estado de septiembre de 1811, y que ello no fue una “necesidad estratégica”. Ciertamente después existió un distanciamiento, pero también lo es que ello fue el resultado de una disputa entre familias, tanto así como que él y sus hermanos concentraron el poder militar, “la presidencia de las bayonetas”, como él mismo afirmó una vez. La segunda consideración que debemos hacer es señalar que Ranquil no menciona una serie de hechos que en definitiva echarían por tierra sus planteamientos respecto de O'Higgins, tales como la prohibición del uso de escudos de nobleza, la abolición de los títulos nobiliarios, el intento por terminar con los mayorazgos, la igualdad jurídica de los indígenas y varios más, de profundo carácter revolucionario, que no fueron obra del gobierno “progresista” de Carrera sino que del “conservador” o “instrumento de la burguesía”, O'Higgins.

En un periódico se calificó la impresión del libro como un error editorial, señalándose que la autora aparecía como “ardiente carrerista”, lo que explicaría sus opiniones sobre O’Higgins, agregándose que “de manera igualmente arbitraria exalta la figura de Carrera y denigra la de O’Higgins, distorsionando la contribución que ambos héroes hicieron en el proceso de independencia [...] en su afán de restar méritos a O’Higgins la autora lo califica de “el dictador”, sin percatarse que el mismo calificativo podría otorgarse a Carrera”.

También se le corrigió al aclararse que fue un grupo aristocrático capitalino el que exigió y obtuvo la renuncia de O’Higgins, y no todo el pueblo como se dice en el texto.

En el artículo crítico se habla de hostilidad “nada disimulada” en contra de O’Higgins por parte de la autora, lo que la llevaba a olvidar una consideración fundamental en el estudio de la vida de un personaje histórico: situarlo en el marco histórico y social en que vivió, pues de lo contrario podía caerse en “toda clase de vituperios hacia tal personaje en base a conductas que hoy pueden calificarse de debilidades o defectos y que en su época no constituían una excepción al comportamiento general”, esto en referencia a los dichos sobre la explotación de esclavos en Perú.

En el mismo texto se señalaba, y con letras en negrita, que existía una falta de “ubicación objetiva de los personajes de la época, [que] ha llevado a la autora del libro a hacer afirmaciones inaceptables sobre el papel de Bernardo O’Higgins, ignorando por completo su gran aporte a la causa de la independencia”. En el fondo, falta de rigor científico y de imparcialidad.

Estos comentarios no provenían de un medio de prensa de derecha, ni eran una inserción de algún círculo de militares en retiro, ni de alguna institución dedicada a estudiar y difundir la vida de O’Higgins. Los recogemos de *El Siglo*, periódico ligado al Partido Comunista de Chile⁵⁶.

No todos los sectores de la izquierda chilena adhirieron a los planteamientos contenidos en la obra. Es más, en un discurso que el senador Humberto Aguirre Doolan, militante del Partido Radical y vicepresidente del Senado de la República, pronunció con motivo de la publicación en comento, expresó que varios dirigentes del Partido Comunista, tales como Luis Corvalán, Julieta Campusano y Volodia Teitelboim se habían distinguido en sus homenajes a los padres de la patria⁵⁷.

⁵⁶ “Capítulos de la Historia de Chile: Un Libro que presta Servicios a la Reacción”, *El Siglo*, 23 de agosto de 1973.

⁵⁷ Senado. Sesión 56 ordinaria, 8 de agosto de 1973. El Senador Aguirre, además, era Presidente del Instituto O’Higiniano de Chile, creado en 1953.

Ello en realidad no era de extrañar. En 1965, en el XIII Congreso del Partido Comunista, en una intervención de César Godoy Urrutia, se destacó el compromiso de O'Higgins con la libertad, citándose aquella frase en que expresó “si mil vidas tuviera, serían pocas para sacrificarlas por la libertad e independencia de nuestro suelo”⁵⁸, palabras que corresponden a la carta que en febrero de 1812 enviara a Juan Florencio Terrada⁵⁹.

En sus estatutos de 1968, el mismo partido había definido como uno de los objetivos de su cometido:

la prosecución de la heroica lucha revolucionaria que el pueblo viene realizando, a través de más de un siglo, por la libertad y el progreso del país, lucha iniciada por los gloriosos héroes de 1810, y continuada por muchos otros hasta nuestros días, para cuyo efecto trabajará sin descanso por la unidad de la clase obrera y por la unidad nacional, enarbolando como su lema: Chile para los chilenos⁶⁰.

Esta admiración por O'Higgins era parte de la historia reciente de este partido. En 1962, la Comisión Nacional de Propaganda del mismo había publicado un folleto denominado *¿Qué es el PC? Nociones Elementales*, en el que se definía a sí mismo como el “Partido más Patriota” porque, entre otras cosas, “continúa y continuará siempre la obra de O'Higgins, a la cabeza de la lucha por la libertad, la dignidad y la plena independencia nacional, hasta lograr que Chile sea una nación verdaderamente soberana”. También se relativizaba su relación con el régimen de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y su adhesión a otros procesos revolucionarios, elementos que servían a sus contrarios para criticar y negar su nacionalismo. Las explicaciones que se daban para rebatir estos puntos eran, a lo primero: “También dijeron en su época que Bolívar, San Martín y O'Higgins estaban al servicio de Francia, cuando ellos luchaban por la independencia, contra España, a fin de desprestigiarlos” y, a lo segundo, que esa solidaridad era como la que en su época demostraron “los padres de la patria. Bolívar luchó por la libertad de América. San Martín luchó por la libertad de su patria, Argentina, y pasó los Andes con su ejército para ayudar a la libertad de Chile. Y junto a O'Higgins luchó por nuestro país y por el Perú”⁶¹.

⁵⁸ Intervención de César Godoy Urrutia en *Adelante por el Camino del XIII Congreso. Documentos del XIII Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile*, folleto N° 8, pp. 57-58.

⁵⁹ Cristián Guerrero Lira y Nancy Miño Thomas (editores), *Cartas de Bernardo O'Higgins*, Historia Chilena, Santiago, 2011, tomo III, p. 225.

⁶⁰ *Estatutos del Partido Comunista de Chile*, Imprenta y litografía Antares, Santiago, 1968, p. 5

⁶¹ Comisión Nacional de Propaganda del Partido Comunista de Chile, *¿Qué es el PC? Nociones Elementales*, Impresora Horizonte, Santiago, 1962. Las partes citadas, en pp. 27, 28 y 29.

En los estatutos aprobados en el XIII Congreso Nacional del mismo partido (1946)⁶², se explicitaba que la agrupación recogía “la honrosa tradición forjada con sangre, sacrificio y rudo batallar por nuestros gloriosos antepasados que levantaron la bandera de la independencia nacional” y que proseguiría “la lucha que ellos iniciaron, colocándose a la cabeza de las heroicas luchas del pueblo por conquistar sus derechos y su libertad”⁶³.

En una línea concordante, en los estatutos acordados en 1966, las Juventudes Comunistas declararon “inspirarse en la lucha de los araucanos en la defensa de su libertad, en la gesta gloriosa de 1810” y en el ejemplo de Luis Emilio Recabarren⁶⁴, y en los originados en su X Congreso señalaron inspirarse en “las mejores, las más preciadas y las más arraigadas tradiciones de lucha de los trabajadores y del pueblo chileno”, entre ellas “las de los patriotas por la independencia nacional”⁶⁵.

Como vemos, los planteamientos de los partidos de izquierda tenían una cuota significativa de admiración por los revolucionarios independentistas, a los que se consideraba como ejemplos de conducta para sus homónimos más modernos, aunque se reconocía que se trata de luchas de liberación distintas. Antes había sido una por la libertad política, ahora por la económica. Existía, entonces, un sentimiento nacionalista de carácter no excluyente, lo que permitía conjugarlo con las corrientes internacionalistas.

Los militantes del Partido Socialista de Chile también han expresado sus evaluaciones sobre el legado de O’Higgins, atribuyéndole igualmente la condición paradigmática que le daban Salvador Allende, el Partido Comunista y el general Augusto Pinochet.

Al celebrarse el sexagésimo sexto aniversario de la fundación del Partido Socialista, en el Pleno del Comité Central celebrado el 24 de abril de 1999, el presidente de dicha colectividad, senador Ricardo Núñez Muñoz dijo:

Quiero decir, con honestidad, con franqueza, que con la misma firmeza que hemos defendido los derechos humanos, con la misma fuerza que queremos que se haga justicia y verdad para los perseguidos por la dictadura militar, con

⁶² Por cuestiones de interpretación de su propia historia, la enumeración de los congresos nacionales del Partido Comunista se ha alterado con el tiempo y por ello existen dos que comparten este número. Por ello los diferenciamos por el año de realización.

⁶³ *Estatutos del Partido Comunista de Chile, Aprobados en el XIII Congreso Nacional celebrado en 1946*, 38 impresores, Santiago, 1946, pp. 37-38.

⁶⁴ *Estatutos de las Juventudes Comunistas*. Sin datos editoriales, 1966, p. 5.

⁶⁵ Versión digital. www.jjcc.cl

esa misma fuerza y pasión y la legitimidad que nos da la historia, queremos reencontrarnos con el Ejército de O'Higgins, queremos reencontrarnos con el Ejército que fundara el padre de la patria. No hay contradicción, en mi opinión, en esta convicción tan profunda que nos anima. Sin justicia no hay patria. Sin verdad la reconciliación nacional se aleja y se hace efímera. Ello no excluye que queramos sentir que el Ejército de Bulnes, Baquedano, Schneider y Prats, sea fundamental para la patria unida que busca construir los objetivos comunes de progreso, desarrollo y felicidad que animan a todos los chilenos. En suma, queremos reencontrarnos con una tradición de la cual forma parte el Ejército de Chile, en la cual –en nuestra opinión– no es Pinochet su figura más señera, como a instantes se nos quiere hacer creer. Él no es la figura del Ejército que amamos; es O'Higgins, es su tradición, es ésa la figura que une a los chilenos. Pinochet es la figura que divide a los chilenos. Queremos reencontrarnos con la tradición histórica –que nuestros fundadores tuvieron también– de sentir vinculaciones afectivas con esa parte sustantiva de nuestra patria que es el Ejército. No con el Ejército que pisoteó las aspiraciones del pueblo, no con el Ejército que vulneró los derechos humanos, no con el Ejército que atropelló a gran parte de nuestra sociedad y nuestro pueblo. Queremos reencontrarnos con ese otro Ejército, con el Ejército de O'Higgins, con el Ejército que también fue capaz de hacer patria en los campos de batalla. No es, pues, Pinochet la figura señera; lo será siempre O'Higgins, el Padre de la Patria⁶⁶.

En 1972, Carlos Altamirano Orrego, dirigente del mismo partido, evaluaba la visita de Fidel Castro a Chile señalando que el imperialismo del siglo XX se oponía a la unidad latinoamericana y que a pesar de su propaganda, los nombres de Camilo Torres, Ernesto Guevara, Marighela y Peredo, brillaban tan alto como “en el pasado y en el presente lo hicieran” los de Bolívar, O'Higgins, San Martín, el cura Hidalgo y Martí⁶⁷. Cinco años antes, en 1967, ya había hecho este mismo paralelo al especular sobre proyecciones y los cambios generados por la Revolución cubana:

Los actores, los antiguos actores de la vieja y gastada comedia continental, han sido desahuciados definitivamente. Los Haya de la Torre, los Betancourt, los Figueres, los Frondizzi y los Frei, todos ellos, ya no tienen vigencia en el proceso histórico desatado por Cuba. Los unos por ineptos e incapaces, los otros por traidores y vendidos al statu imperialista.

⁶⁶ Versión digital de este discurso, pronunciado ante el pleno del Comité Central del partido socialista en www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=2707&Itemid=90.

⁶⁷ Carlos Altamirano Orrego, “Significación Histórica de la Visita de Fidel Castro a Chile”, en *Fidel en Chile*, Editora Nacional Quimantú, Santiago 1972, p. 328. Agradecemos este dato a Eduardo Téllez L.

Nuevos nombres ocupan el firmamento político continental, todos hombres jóvenes: Fidel Castro, Che Guevara, Camilo Torres, Douglas Bravo, Fabio Vásquez, Marulanda, César Montes, Yon Sosa, Hugo Blanco, son los auténticos protagonistas del gran acto histórico iniciado en nuestro continente, como ayer fueran Bolívar, Sucre, San Martín u O'Higgins.

Los temas y la trama de la historia también se están escribiendo de manera distinta⁶⁸.

Incluso, figuras de la izquierda internacional, como Fidel Castro, reconocían la importancia de O'Higgins.

Durante su visita a Chile (1971), el líder revolucionario visitó Rancagua y en una concentración realizada en el estadio local relató haber recorrido la ciudad y haber tenido la oportunidad de conocer “el histórico lugar, la famosa plaza donde los luchadores chilenos por la independencia libraron una de las más heroicas batallas de aquella época”, agregando que se le habían recordado “las hazañas de los libertadores y la singular proeza de Bernardo O'Higgins, el combate contra fuerzas 10 veces superiores, el cerco de las fuerzas patrióticas chilenas, los dos días de combate, el primero y dos de octubre de 1814”. A ello agregó: “Han transcurrido más de 150 años y todavía se recuerda aquella frase: “O vivir con honor o morir con gloria”⁶⁹.

Acto seguido, el líder cubano sintetizó la historia cubana hasta esos momentos, no faltando alusiones a la situación internacional, y recalcó que en su lucha contra las fuerzas opositoras, los cubanos tenían una frase similar a la de O'Higgins, “Patria o muerte, venceremos”, lo que lo hacía considerar que ambos pueblos estaban “hermanados en la historia, están hermanados en sus ejemplos heroicos, están hermanados en sus luchas, en sus tradiciones”⁷⁰. Al finalizar, señaló que la lucha emprendida por Bolívar, San Martín, Sucre, Morelos y O'Higgins era la misma que habían iniciado Máximo Gómez, Maceo y Martí en Cuba⁷¹.

De esta manera, es posible observar que desde la izquierda, O'Higgins es visto como un resiliente, revolucionario, que utilizó todas las formas de lucha,

⁶⁸ Carlos Altamirano, “La Lucha Armada en América Latina”, *Punto Final*, N°31 (Suplemento), Santiago: Segunda quincena de julio de 1967, p. 2.

⁶⁹ “Los reaccionarios están asustados por la amistad chileno-cubana”. Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en el estadio de Rancagua, Chile, el 24 de noviembre de 1971, *Punto Final*, N° 145. Santiago, 30 de noviembre de 1971, p. 50.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 55.

⁷¹ *Ibid.*, p. 57.

incluso la lucha clandestina. Fue además un político anti oligárquico, preocupado de la educación pública y por sobre todo un connotado y abierto patriota.

Incluso, más contemporáneamente, se continúa evocando la iconicidad del Padre de la Patria. Así, desde otro ángulo, en 1992, el Presidente de la República, Patricio Aylwin Azócar, señaló en la ceremonia conmemorativa del natalicio de O'Higgins lo siguiente: "El culto a los héroes, a los grandes hombres y mujeres de la historia, enriquece la vida de los pueblos y es escuela de formación patriótica. (...) Los pueblos que no honran a sus héroes pierden el sentido de la historia y corren el riesgo de desintegrarse".

Los antecedentes expuestos permiten afirmar que las figuras históricas siguen cumpliendo un rol de importancia en el tiempo presente, sirviendo de gran justificativo moral a las acciones políticas. Al respecto, y ligando la figura al proceso de reconstrucción democrática del país, Aylwin recordó que "O'Higgins fue el primero en la naciente Patria independiente que tuvo conciencia de que el país tenía que organizarse sobre bases de instituciones sólidas. [...] El primer institucionalizador en Chile fue Bernardo O'Higgins"⁷².

Lo anterior constituye una muestra más de que lejos de estar en categoría de antigüedad, la historia y particularmente los personajes que la protagonizan están en permanente construcción.

La figura de O'Higgins en las últimas décadas de la historia de Chile resulta ser polivalente, es decir, se le atribuyen distintas características personales y virtudes que han convertido al personaje en un ícono moral multifuncional, transversal y susceptible de ser utilizado en cualquier circunstancia política. Por esto, en los últimos 40 años ella ha sido valorada y respetada, salvo excepciones que fueron criticadas por los mismos sectores políticos de donde provenían los cuestionamientos.

Si bien puede decirse que la sociedad ha recurrido a su legado en busca de amparo y validación histórica, no es menos cierto que ello lo han hecho sectores políticos de derecha y de izquierda, los mismos que han recurrido a él como fuente de inspiración, y claramente se advierte que su legado puede tener múltiples posibilidades hermenéuticas, según el contexto espacio-temporal en que nos encontremos.

⁷² Aylwin, Patricio, 1992, "Discurso en la ceremonia del natalicio del Libertador General Bernardo O'Higgins", *Revista Fuerzas Armadas y Sociedad*, Año 7, N°3, Santiago, Flacso, 1992, p. 27.

También resulta evidente que vincular su figura y legado a una corriente política determinada puede implicar “costos de imagen” para alguien que no comparte nuestra temporalidad. Si la figura de O’Higgins fue “pinochetizada” al proyectarse su accionar hasta épocas presentes, o si el Partido Comunista hallaba en él un modelo digno de imitación, y los socialistas lo veían como “modelador” de conductas militares, ello no implica que O’Higgins fuese pinochetista, socialista o comunista. Los héroes son modelos porque son el resultado de acciones extraordinarias en circunstancias especiales; lo que la sociedad posterior haga con ese ejemplo es una cuestión radicalmente distinta.

En todo caso, existe una gran conclusión: como héroe y en tanto figura icónica y paradigmática, O’Higgins ha “cumplido su deber” sirviendo de modelo arquetípico, y permanece como construcción intelectual absolutamente contemporánea.